VII. Correspondamos de nuestra parte a esta festividad en que resucitó el Señor, y nos hizo resucitar a nosotros del pecado. Cristo, que no pecó, murió para que Adán, que pecó y murió, resucitara del pecado. Comparación.

VIII. Como nosotros habíamos muerto con dos muertes, la del pecado y la natural, necesitábamos dos resurrecciones; pero Cristo sólo una, pues no pudo morir muerte de pecado; la primera resurrección de la muerte del pecado nos la concedió ya Cristo en el bautismo: esta resurrección es de más precio que la resurrección de la carne; esperemos, pues, que no nos negará lo menos quien nos dio lo más.

IX. Hoy ha concedido también la primera resurrección por el bautismo (como a nosotros en otro tiempo) a estos nuevos corderos del rebaño de Jesucristo (los que habían recibido el bautismo aquel día). La primavera hace brotar las rosas, etc.; mucho más hermosas flores ha hecho brotar el agua bautismal. Excelencias del agua bautismal por comparación con las aguas a las que mandó Dios producir peces, y con la piscina de los judíos en que sanaba uno cada año.

X. Grande es este don del bautismo y resurrección de la muerte del pecado; luego no debes vivir de cualquiera manera. Evita, pues, el pecado, y para esto evita también las ocasiones que pueden nacer de cosas de suyo indiferentes.

Hoy recibís nuevas armas contra el demonio; por eso tendréis más luchas; pero así aparecerá con mayor mérito vuestro la fuerza que os ha dado Cristo.

Es la fiesta de hoy como una boda espiritual que nosotros podremos, si queremos, hacer perpetua, aumentando la gracia del bautismo, como la aumentó San Pablo. Hagámoslo, pues, así.

I

Hemos dejado la carga del ayuno, mas no dejemos también su fruto; porque se puede muy bien dejar la carga del ayuno y recoger el fruto del ayuno. Ha pasado el trabajo de los combates, mas no pase el esfuerzo en las buenas obras; ha pasado el ayuno, pero permanezca la piedad; aunque, mejor diré, ni el ayuno ha pasado. Mas no temáis; pues no lo he dicho para intimaros otra cuaresma, sino para anunciaros que conservéis la misma virtud. Ha pasado el ayuno corporal, mas no ha pasado el ayuno espiritual. Este es mejor que aquel, y aquel no era sino por este. Así, pues, como cuando ayunábais os decía que puede suceder que quien ayuna no ayune, así ahora os digo que puede suceder que ayune quien no ayuna. A primera vista parece un enigma lo que digo, mas yo daré una solución. ¿Cómo puede ser que quien ayuna no ayune? Cuando uno se abstiene de los manjares, pero no se abstiene de los pecados. ¿Cómo puede ser que ayune quien no ayuna? Cuando uno gusta de los alimentos, mas no gusta del pecado. Este ayuno es mejor que aquel, y no sólo mejor, sino también más llevadero. Para aquel ayuno muchos se excusaban con la debilidad y con la molestia de la comezón del cuerpo. Estoy lleno de sarpullido, decían,

no aguanto el sudor, el beber agua me corrompe, no puedo con las legumbres. Muchas cosas como estas oía entonces decir a muchos; pero en este otro ayuno no hay ningún pretexto semejante. Disfruta del baño, participa de la mesa, haz uso del vino con moderación, y si quieres comer carne, nadie te lo impide; goza de todo, abstente sólo del pecado. ¿Ves cómo a todos es fácil este ayuno? No vale aquí la excusa de la debilidad del cuerpo; ésta es obra puramente del alma.

II

Es posible que quien no bebe vino se embriague, y quien bebe vino esté en su juicio; y que haya efectivamente embriaguez sin vino, óyeselo decir al profeta: *¡Ay de los que se embriagan sin vino* (Is. 38, 1)! ¿Y cómo es posible embriagarse sin vino? Cuando no templas con el buen pensamiento el vino de las pasiones. Es también posible que quien bebe vino no se embriague; y si esto no fuera posible, no se lo hubiera San Pablo ordenado a Timoteo al escribirle así: *Haz uso de un poco de vino por causa de tu estómago y frecuentes enfermedades* (1 Tim. 5, 23). Porque la embriaguez no es otra cosa sino la pérdida de la razón natural, perturbación de los pensamientos, vaciedad de la inteligencia, pobreza de juicio. Y eso no lo causa tan sólo la embriaguez del vino, sino también la embriaguez de la ira u otra pasión desarreglada. Porque así como de una fiebre es causa o el tiempo de vela, o el trabajo, o la tristeza, o el honor corrompido, y siendo tan diversas las causas, es uno el padecimiento y enfermedad; así también en nuestro caso, es causa de embriaguez el vino, es causa el deseo inmoderado, es causa el humor corrompido, y siendo tan diversas las causas, es uno el padecimiento y enfermedad. Abstengámonos, pues, de la embriaguez; no digo *abstengámonos del vino*, sino, *abstengámonos de la embriaguez*; no es el vino el que causa la embriaguez (pues es criatura de Dios, y la criatura de Dios no hace de suyo ningún mal), sino que la causa de la embriaguez es la mala voluntad. Y que haya otras maneras de embriaguez, además de la que procede del vino, oye como lo dice San Pablo: *No os embriaguéis con vino* (Ef. 5, 18), donde da a entender claramente que hay otro modo de embriagarse. *No os embriaguéis con vino, en el cual está la lujuria*. Admirablemente encerró en tan breve sentencia todo el mal de la embriaguez.

III

¿Qué significa: *No os embriaguéis con vino, en el cual está la lujuria?* Lujuriosos llamamos a aquellos jóvenes que, recibida la herencia paterna, la derrochan toda de un golpe, y no piensan, ni a quien conviene dar, ni cuando conviene dar, sino que tomando por junto los vestidos, el oro, la plata, toda la riqueza paterna, la malgastan con mujeres pedidas. Tal es la embriaguez; coge como a joven lascivo la mente de los que se embriagan, sujeta con ataduras la razón y obliga a derramar sin sentido ni tino todo el caudal de buenos pensamientos. El ebrio no sabe ni qué conviene decir, ni qué conviene callar, sino que continuamente está su boca sin puerta que la cierre; no tiene en sus labios cerradura alguna; el ebrio no sabe distribuir sus palabras con juicio, no sabe administrar la riqueza de su mente, no sabe guardar lo uno y gasta lo otro, sino que todo es allí consumir y derramar. Es la embriaguez una voluntaria locura, pérdida de la razón, desgracia digna de irrisión, enfermedad digna de ludibrio, demonio voluntariamente admitido, y peor que el mismo delirio.

IV

¿Quieres saber cómo el ebrio es peor que un endemoniado? Al endemoniado todos le compadecemos, pero al ebrio le aborrecemos; con aquel, nos movemos a lástima; con éste, nos airamos e irritamos. ¿Por qué así? Porque aquel sufre por la injuria ajena; éste, por su negligencia propia; aquel, por el asalto de los adversarios; éste, por el asalto de sus pensamientos; y lo mismo que a un endemoniado, le sucede a un ebrio; lo mismo anda dando rodeos, lo mismo se levanta, lo mismo cae, lo mismo retuerce sus ojos, lo mismo se agita convulso tendido en tierra, espumajea su boca y arroja salivas hediondas y está llena de intolerable fetidez. Es desagradable para los amigos, dignos de risa para los enemigos, despreciable para los domésticos, cargoso para su esposa, pesado para todos y más molesto que los mismos irracionales. Los irracionales no beben sino mientras tienen sed, y miden el deseo con la necesidad; mas éste, por su intemperancia, pasa la regla del deseo y se hace más irracional que los irracionales; y lo peor es, que siendo una enfermedad llena de tantos males y que acarrea tantas desgracias, ni siquiera se tiene por digna de reprensión; antes, en las mesas de los ricos, hay emulación y contienda sobre cosa

tan vergonzosa, y disputan mucho entre sí sobre quién se ha de exponer más a la ignominia, quién causará más risotadas, quién perderá más el juicio, quién destruirá antes su vigor, quién irritará más al Señor de todos. ¡Tiene que ver porfía y contienda tan diabólica!

El que se embriaga, es más miserable que los muertos; porque un muerto yace sin sentido, sin poderse levantar ni para el bien ni para el mal; pero el ebrio, tan sólo sirve para obrar el mal; y el alma, sepultada en el cuerpo como en un sepulcro, va llevando acá y allá aquel cadáver. ¿Has visto ya cómo el ebrio es más infeliz que un endemoniado, cómo es más irracional que los irracionales, cómo es más insensible que los muertos? ¿Quieres que te diga otra cosas mayor y más grave aún que todo lo dicho? El ebrio no puede entrar en el reino de los cielos. ¿Quién lo afirma? San Pablo. *No os engañéis: ni los fornicarios, ni los adoradores de ídolos, ni los adúlteros, ni los muelles, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, poseerán el reino de Dios* (1 Cor. 6, 9-10). ¿Has oído entre qué grupo le ha colocado? con los perdidos, con los fornicarios, con los idólatras, con los adúlteros, con los maldicientes, con los avaros, con los ladrones. ¿Pues qué? se me dirá; el ebrio y el fornicario ¿es lo mismo? el ebrio y el idólatra ¿es lo mismo? No me digas eso, oh hombre; no he hecho más que recitarte leyes divinas; no me exijas la razón de ellas; pregúntaselo a San Pablo, y él te responderá. Porque si es o no es comparado con ellos para el castigo, no te lo puedo decir; pero que pierda el reino de los cielos que el idólatra, esto si que te puedo afirmar sin reparo; y si esto se afirma, ¿para qué me pides ya razón de la medida del pecado? Porque si queda fuera de las puertas eternales, si pierde el reino de los cielos, si queda privado de salvación, si es lanzado al sempiterno suplicio, ¿a qué vienes aquí con balanzas, pesos y medidas de los pecados?

V

Verdaderamente, amados (oyentes), es cosa terrible la embriaguez y perniciosa en extremo. No me dirijo a vosotros, Dios me libre; pues estoy muy persuadido que está exenta vuestra alma de esta enfermedad y pasión, y prueba es de que tenéis sana el alma vuestra diligencia en este sitio, vuestro fervoroso concurso, vuestra vigilante atención; porque es así que ninguno que se embriague puede desear oír la

palabra divina. *No os embriaguéis con vino en el cual está la lujuria, sino llenaos del Espíritu Santo.* ¡Esta si que es buena embriaguez! Adormece tu alma con el Espíritu Santo que no la adormezcas con la embriaguez, ocupa de antemano tu mente y pensamiento para que no halle lugar pasión tan desvergonzada. Por esto no dijo *participad del Espíritu*, sino *llenaos del Espíritu Santo.* Llena, como cáliz, hasta arriba con el Espíritu Santo tu alma, para que nada más pueda ya Satanás echar en ella; pues no se debe participar como quiera del Espíritu, sino llenarse de él por los salmos, himnos, cánticos espirituales, de que hoy os habéis llenado. Por eso tengo gran confianza de vuestra continencia. Tenemos un excelente cáliz, no la relajación. Y, ¿cuál es este? El cáliz espiritual, el cáliz incontaminado de la sangre del Señor. Este no causa embriaguez, no causa relajación; porque no debilita las fuerzas, antes las despierta; no relaja los nervios, antes los vigoriza; este cáliz causa la vigilancia del espíritu, este cáliz es adorable para los ángeles, terrible para los demonios, preciso para los hombres, amable para el Señor. ¿Ves lo que dice David sobre este cáliz espiritual que está colocado en este altar? *Preparaste ante mi una mesa en frente de los que me atribulan; ungiste con aceite mi cabeza, y tu cáliz que embriaga ¡cuán confortador es* (Sal. 22, 5)! Y para que no temieras apenas oyeses el nombre de embriaguez, creyendo que había de causar debilidad, añadió que es muy confortador y robustecedor. Nueva manera de embriaguez, que añade fuerza, que hace poderoso y robusto, porque manó de la piedra espiritual; no hay aquí perturbación de pensamientos, sino aumento de pensamientos espirituales.

VI

Embriaguémonos con esta embriaguez; abstengámonos de la otra para no afrentar la presente festividad; porque la fiesta de hoy no es tan sólo de la tierra, sino también del cielo. Hoy hay regocijo en la tierra, hoy hay regocijo en el cielo; porque si por la conversión de un pecador hay regocijo en la tierra y en el cielo, ¿cuánto mayor regocijo habrá en el cielo por haber sido toda la tierra arrancada de las garras del demonio? Ahora saltan de placer los ángeles, ahora se regocijan los arcángeles, ahora los querubines y serafines festejan con nosotros la presente festividad; no se desdeñan de sus consiervos, sino que se complacen en nuestros bienes. Porque aunque es nuestro este don del

Señor, también a ellos pertence la alegría. Y, ¿qué digo los consiervos? El mismo Señor de ellos y nuestro no tiene a menos celebrar la fiesta con nosotros. Y, ¿qué digo "no tiene a menos"? *Con deseo*, dice, *he deseado comer esta Pascua con vosotros* (Lc. 22, 15); y si la Pascua deseó celebrarla con nosotros, claro está que también la Resurrección. Si se regocijan, pues, los ángeles y los arcángeles, y celebra fiesta con nosotros el Señor de todas las celestes potestades, ¿qué razón queda ya para desconfiar? Ningún pobre esté triste por su pobreza, porque esta fiesta es espiritual; ningún rico se engría por su riqueza, pues nada puede contribuir con su dinero para la alegría de esta solemnidad. En las fiestas profanas, donde todo es abundancia de vino, mesas opíparas, glotonería, risa descompasada, toda clase de lujo satánico; con razón se ve el pobre cabizbajo y el rico engreído. ¿Cómo así? Porque el rico se prepara una mesa espléndida y goza más de los deleites, y el pobre se ve por la pobreza impedido de ostentar semejante munificencia. Mas aquí nada de esto sucede; una misma es la mesa del rico y la del pobre: aunque sea uno rico, nada puede añadir a esta mesa; aunque sea pobre, no por serlo participará menos que los demás, porque este es un don divino. Y ¿de qué te admiras si digo que serán lo mismo el rico y el pobre? aun el mismo Emperador, ceñido de diadema, vestido de púrpura, que tiene en sus manos el poder sobre toda la tierra, aun el mismo Emperador y un mendigo que esté sentado para pedir limosna, tienen puesta una misma mesa. Tales son los dones del Señor; no se reparten y comunican según las dignidades y honores, sino según el fervor del espíritu. Y así, cuando vieres en la iglesia al pobre con el rico, al particular con el magistrado, al plebeyo con el magnate, al que fuera temblaba del príncipe, unido con él aquí dentro sin temor alguno, piensa lo que quiere decir aquella sentencia: *Entonces se apacentarán juntos el lobo y los corderos* (Is. 11, 16). Lobo llama la Escritura al rico, y cordero al pobre. Pero, ¿cómo la sentencia *Estarán juntos el lobo y el cordero* se puede entender del rico y del pobre?. Atiéndeme bien. Hállanse muchas veces en la iglesia el pobre y el rico; llega la hora de los divinos misterios; es arrojado fuera el rico por no estar iniciado, y, en cambio, el pobre es admitido en los Tabernáculos celestiales; y no se indigna el rico, pues se reconoce por extraño a los divinos misterios. Pero ¡oh maravillas de la gracia!; no solamente por beneficio divino se concede a entrambos el mismo honor, sino que es antepuesto el pobre al rico por su piedad, y nada aprovechan a este sin piedad las ri-

quezas, ni daña al primero la pobreza, cuando confiado se presente en el sagrado altar. Esto lo digo, amados hijos, refiriéndome a los catecúmenos, no simplemente a los ricos. Fíjate, amado (hijo), cómo se retira de la iglesia el Señor, y se acerca a los sagrados misterios el esclavo fiel; se aparta la señora, y permanece la sierva; porque *no es Dios aceptador de personas* (Gal. 2, 6). Así es que en la iglesia no hay diferencia de siervo, ni libre, sino que sólo es siervo, según la Escritura, quien está sujeto al pecado: *Quien comete un pecado, siervo es del pecado* (Jn. 8, 35); y aquel es libre, que fue libertado por la gracia divina.

Con la misma confianza llegan a esta mesa el Emperador y el mendigo, con el mismo honor, y muchas veces con más honor el mendigo. ¿Por qué así? Porque el Emperador, implicado en mil negocios, se ve como una nave recibiendo por todas partes las rociadas de las olas, y se quiebra con el choque de muchos pecados; mas el pobre, sin más solicitud que la del sustento necesario y pasando una vida descansada y libre de negocios, tranquilo como quien se ve dentro del puerto, se acerca a la sagrada mesa con toda confianza. Más aún; en las fiestas mundanas el pobre se ve humillado y el rico lleno de júbilo, no sólo por la mesa, sino también por los vestidos; pues la diferencia que los separa en el comer, la tienen también en el vestir. Así es que cuando el pobre ve al rico con las galas de elegante y magnífica vestidura, recibe un terrible golpe en su alma y se considera a sus propios ojos el más infeliz del mundo. Mas aquí aun esta pobreza desaparece, porque todos tenemos la misma vestidura que nos salva, el bautismo. *Porque cuantos os bautizásteis en Cristo,* dice, *de Cristo os vestiréis* (Gal. 3, 27).

VII

No afrentéis, pues, la presente fiesta con la embriaguez; porque nuestro Señor lo mismo ha honrado a los ricos y a los pobres, a los siervos y a los señores; antes correspondámosle por su benignidad para con nosotros; y la mejor correspondencia es una vida pura y un corazón vigilante. Esta fiesta y solemnidad no necesita de dinero ni de gastos, sólo de voluntad fervorosa y alma muy limpia; estas son las cosas que aquí se venden. Ninguna cosa terrena se vende aquí, sino la atención a la divina palabra, las oraciones de los padres, las bendiciones de los sacerdotes, la unión de los entendimientos, la paz y la

concordia: espirituales son estos dones, espiritual es el precio. Celebremos esta festividad gloriosísima y esplendorosa en que resucitó el señor; porque resucitó el Señor, e hizo resucitar juntamente a toda la tierra; resucitó él rompiendo todas las ataduras de la muerte, y nos hizo resucitar a nosotros deshaciendo todas las cadenas de los pecados. Pecó Adán, y murió. ¿Por qué? Para que el que pecó y murió pudiera en virtud del que no pecó y murió despojarse de las trabas del pecado.

Lo mismo suele suceder también con el dinero; debe uno a veces una cantidad, y no teniendo con qué pagarla, se ve preso en la cárcel; otro, que no debía y tiene con qué pagar, paga y deja libre al deudor. Pues he aquí lo que aconteció también con Adán: debía Adán, era presa del demonio, mas no tenía con qué pagar; no debía Cristo, ni era presa del mal espíritu, mas podía pagar la deuda. Vino, pues, y dio en pago su propia vida por el que era presa de Satanás, para librarle de él.

VIII

¿No ves aquí las maravillas de la resurrección? Dos muertes morimos nosotros, esperamos pues, dos resurrecciones: Cristo murió una muerte; por esto resucitó con una resurrección. ¿Cómo así? Ahora voy a explicarlo: murió Adán en el cuerpo y en el alma, murió con la muerte del pecado y con la muerte natural. *En el día en que comiereis del árbol, ciertamente moriréis* (Gen. 2, 17). Y no fue este el día en que murió según la naturaleza, sino según el pecado; según la naturaleza murió más tarde, pero fue más atroz su muerte por el pecado; esta era muerte del alma, la otra lo era del cuerpo. Pero al oír muerte del alma, no creas que el alma muere, pues es inmortal; la muerte del alma consiste en el pecado y suplicio sempiterno. Por esta razón dice también Jesucristo: *No temáis a los que matan el cuerpo, mas no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede hacer perder cuerpo y alma en el infierno* (Mt, 10, 28), y lo que una vez se pierde, subsiste todavía, es cierto, pero queda oculto a los ojos de quien lo perdió.

Mas, como decía, en nosotros hay dos muertes; por eso conviene que haya dos resurrecciones. En Cristo hubo sólo una muerte, porque Cristo no pecó, y aun aquella su muerte única fue por nosotros, porque él no debía sufrir la muerte por cuanto no era reo de pecado, y por

consiguiente, tampoco de muerte. Por eso él resucitó con una resurrección correspondiente a su única muerte; mas nosotros que morimos con doble muerte, resucitamos también con doble resurrección: con una hemos ya resucitado, con la resurrección de la muerte de la culpa, pues fuimos sepultados con Cristo en el bautismo, y por medio del bautismo resucitamos con Cristo. Esta primera resurrección nos desata de los pecados; la segunda resurrección nos desata del cuerpo: nos ha concedido la mayor, espera que te concederá la menor; porque la resurrección de la muerte del pecado es mucho mayor que la otra; pues mucho más es verse libre de culpas, que ver el cuerpo resucitado. La caída del cuerpo fue por haber delinquido: luego si el principio de la caída fue el pecado, el principio de la resurrección será librarse del pecado. Hemos ya resucitado con la resurrección mayor, arrojando de nosotros la terrible muerte del pecado y desnudándonos de la vieja vestidura; por consiguiente, no desconfiemos de obtener la resurrección menor.

IX

Cuando fuimos bautizados, resucitamos también nosotros hace tiempo con la misma resurrección con que han resucitado los que esta noche han sido admitidos al bautismo, estos hermosos corderos del rebaño de Jesucristo. Antes de ayer fue Cristo crucificado, mas ha resucitado la pasada noche; también éstos antes de ayer eran presa de la culpa, mas todos han resucitado con él. Cristo murió en el cuerpo y resucitó en el cuerpo; éstos estaban muertos por la culpa y han resucitado libres de ella. La tierra en este tiempo de primavera produce rosas, lirios y otras flores; mas las aguas bautismales nos han ofrecido hoy un jardín mucho más ameno que la tierra. No te admires de que por las aguas hayan germinado flores, que tampoco la tierra produce el germen de las hierbas por su propia naturaleza, sino por el precepto de Dios. Produjo, también al principio la naturaleza del agua seres vivientes: *Produzcan,* dijo Dios, las aguas reptiles animados (Gen. 1, 20); y el precepto tuvo efecto, y aquel ser inanimado comenzó a criar seres animados; así también ahora han producido las aguas, no reptiles animados, sino gracias espirituales. Produjeron entonces las aguas peces irracionales y sin habla; ahora peces racionales y espirituales, peces cogidos por los apóstoles: *Venid,* dice, *y os haré pescadores de hombres* (Mt. 4, 19); de esta pesca hablaba entonces. Nueva manera,

por cierto, de pescar; los pescadores sacan la pesca del agua, nosotros la hemos metido en el agua, y así hemos pescado. Tenían antiguamente los judíos una piscina; mira lo que pudo aquella piscina, para que veas la pobreza de los judíos y entiendas los tesoros de la Iglesia. Era una piscina de agua, y allí descendía un ángel y agitaba el agua; después de agitada el agua, entraba en la piscina uno de los enfermos, y quedaba sano (Jn. 5, 4). Uno solo sanaba cada año, no por pobreza de quien daba la salud, sino por falta de quienes la recibían. ¡Qué diferencia! Bajaba un ángel a la piscina, agitaba el agua, y quedaba sano un enfermo; bajó el Señor de los ángeles al Jordán, agitó el agua, y sanó a toda la tierra. Por eso allí, si después del primer enfermo entraba otro, no sanaba, porque aquellos a quienes se concedía la gracia eran los judíos, débiles, miserables; pero aquí aun cuando entre en la piscina tras el primero el segundo, tras el segundo el tercero, tras el tercero el cuarto, y aunque entren diez, y veinte, y ciento, y diez mil, y todo el mundo, no se consume la gracia, no se gasta el don, no se enturbian las corrientes. Extraordinaria manera de limpieza; como que no es limpieza corporal, porque en ésta cuantos más cuerpos lave el agua, tanto más suciedad recibe; pero en la espiritual, cuantos más sean aquellos a quienes lave, tanto más pura queda el agua.

X

¿Has visto la grandeza del don? Pues conserva bien la grandeza de este don, oh hombre. No te es lícito vivir de cualquiera manera; ponte a ti mismo una ley que guardes con todo cuidado; en tiempo estas de guerra y pugilato, y el luchador de todo se abstiene. ¿Quieres que te diga un modo excelente y seguro de guardar la virtud? Todo lo que parece indiferente, pero engendra el pecado, arrojémoslo de nuestra alma. Porque hay en las cosas de la vida unas que son pecado, otras que no son pecado, pero son causas de pecado; así, por ejemplo, la risa no es pecado por su naturaleza, pero se convierte en pecado cuando pasa sus límites; porque de la risa viene la chocarrería; de la chocarrería, la desvergüenza en las palabras; de la desvergüenza en las palabras, la desvergüenza en las obras; de la desvergüenza en las obras, la pena y los castigos del infierno. Arranca, pues, la raíz misma, si quieres arrancar la enfermedad; porque si somos cautos en las cosas indiferentes, nunca caeremos en las prohibidas. Así, el mirar a las mujeres parece a muchos cosa indiferente; mas de aquí nace el

deseo pecaminoso; del deseo, la fornicación; de la fornicación, a su vez, la pena y los castigos del infierno. Asímismo, el darse a la satisfacción del gusto no parece malo, pero de aquí viene la embriaguez, y de la embriaguez innumerables males. Arranquemos, pues, siempre las raíces de los pecados. Por esto tenéis continua instrucción cada día; por esto celebramos el santo sacrificio siete días seguidos, poniéndoos delante esta mesa espiritual, haciendo que gocéis de la divina palabra, exhortándoos al combate cada día, armándoos contra Satanás; porque ahora es cuando nos urge con más furia; cuanto mayor es el don que se nos hace, tanto mayor es la guerra. Porque si con ver el demonio a uno solo en el paraíso no lo pudo sufrir, dime: ¿cómo podrá aguantar el ver a tantos en el cielo? Has irritado a la fiera, mas no temas; también has recibido más fuerzas, una espada bien afilada; traspasa con ella a la serpiente. Por esto ha permitido el Señor que se irrite contra ti, para que aprendas por experiencia hasta donde llega tu fortaleza.

Y así como un excelente maestro de luchadores, al encargarse de un atleta escuálido, enervado, descuidado, le unge, le ejercita, le robustece, y lejos de permitirle darse al ocio, le obliga a entrar en los certámenes, para enseñarle por experiencia cuánto es el vigor y robustez que le ha hecho cobrar; así también Cristo hizo lo mismo ni más ni menos con nosotros, porque bien podía quitar de enmedio a nuestro enemigo; pero para que vieras el exceso de la gracia que te dio, la grandeza de la fuerza espiritual que recibiste en el bautismo, le permite trabar lucha contigo, y te proporciona más y más ocasiones de ganar la corona del triunfo. Por esto van ya siete días seguidos en que estáis gozando de la instrucción espiritual para que aprendáis bien cómo haberos en los certámenes.

Es también lo que aquí pasa como una boda espiritual; en las bodas duran los convites hasta siete días. Por eso también nosotros os hemos mandado venir por siete días al sagrado convite. Mas allí, pasados los siete días, se acaban los convites; aquí puedes, si quieres, presentarte siempre en la sagrada mesa. Además, en las bodas terrenales, después del primero o segundo mes ya no es la esposa tan amada del esposo; más aquí nada de eso acontece, antes si somos diligentes, cuanto más tiempo transcurre, tanto más nos ama el esposo, tanto más generosamente nos abraza, más espiritualmente nos une consigo. Además, en la vida terrenal, tras la juventud sigue la vejez; aquí, después de la vejez viene la juventud, y juventud tal, que si queremos, jamás

tendrá fin. Grande es esta gracia, pero todavía sera mayor si queremos. Grande era Pablo cuando se bautizó, pero mucho mayor llegó a ser después, cuando predicaba, cuando confundía a los judíos; después de esto fue arrebatado al paraíso y subió al tercer cielo. De manera que bien podemos, si queremos, aumentar y engrandecer la gracia concedida por el bautismo y se acrecienta de hecho por las buenas obras, y adquiere nuevo brillo, y nos comunica luz más esplendorosa. Si tal hiciéremos, con grande confianza nos presentaremos en el tálamo del esposo, y gozaremos de los bienes preparados por él para los que le aman: ¡ojalá que los alcancemos todos nosotros por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea dada al Padre y al Espíritu Santo la gloria y la adoración por lo siglos de lo siglos! Amén.

HOMILIA PARA EL DIA DE LA ASCENSION

Como se ve por el exordio, pronunció San Crisóstomo esta homilía fuera de la ciudad de Antioquía, en la misma iglesia de que habla al principio de la Homilía del Viernes Santo. En esta iglesia se conservaban las reliquias de varios mártires, pero juntamente con ellos estaban enterrados algunos herejes. De aquí es que, al ir a orar los antioquenos, no siempre pudieran saber de fijo si aquel cuerpo ante el cual hacían oración era de un mártir o el de un hereje. Para evitar tan grande inconveniente, hizo el Obispo San Flaviano que se exhumaran los cuerpos de los santos mártires y fuesen colocados a una urna más elevada cerca del altar de la misma iglesia. Véase Migne, t, L, p. 441; Ceillier, t. IX, p. 150 y Dübner, *Nouveau choix*, etc., Hom. X.

Veamos ahora brevemente las principales ideas:

I. Con razón celebramos la fiesta de hoy en este lugar, para hacer esta honra a los santos mártires, y aunque ellos antes eran tan dignos como ahora de nuestra veneración, y no recibían daño de la mezcla con los cuerpos de los herejes, con todo, ahora que con tanta prudencia han sido separados y colocados en lugar digno, nosotros nos sentimos con más confianza por saber de cierto quiénes son acreedores a nuestra veneración y quiénes no. ¡Honor a nuestro padre, San Flaviano, que tan buena obra nos ha hecho!

II. Con razón nos hemos reunido aquí para solemnizar esta fiesta, pues de este modo asistirán con nosotros los mártires y los ángeles.

III. 1) Y ¿qué festividad es la de hoy? Grande y admirable. 2) Hoy se han hecho las paces entre Dios y el hombre; el hombre irritó a Dios con sus gravísimas ofensas y, sin embargo, Dios se reconcilia con el hombre, y no contento con esto, eleva su naturaleza a una dignidad incomparable.

IV. Y ¿cómo se hizo la paz entre Dios y el hombre? Invitándonos al perdón el mismo injuriado; enviando a su Hijo, que recibió en sí lo que nosotros merecíamos, y que el día de hoy le ofreció en su propio cuerpo las primicias de nuestra naturaleza. Explicación de cómo la Santísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo es las primicias de nuestra naturaleza.

V. ¡Cuán gratas fueron al Padre Eterno estas primicias! ¡A cuán alto grado elevó Cristo nuestro naturaleza!

VI. Para mejor ponderar esto, hace resaltar lo mucho que se deprimió el hombre por el pecado, concluyendo con mucho afecto: "Pues a esta naturaleza tan baja elevó hoy Cristo a los más encumbrado de la gloria".

VII. Amplificación afectuosa de la alegría de los ángeles y santos este día.

VIII. Explicación de la parte del texto que dice: *Este Jesús que de entre nosotros ha subido al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto subir.*

Peroración.– Preparémonos para esta venida de Cristo, pues no todos serán escogidos, y en esto consiste la única dicha verdadera, en ser aquel día de los que se presenten ante Cristo para reinar con él, así como no hay desgracia que merezca tal nombre, si no es la de aquellos que no merezcan ser de los escogidos. Esforcémonos, pues, y sigamos a Jesucristo.

I

Así como cuando hacíamos conmemoración de la cruz celebramos fuera de la ciudad aquella fiesta, así ahora, en este día tan ilustre y esplendoroso en que solemnizamos la ascensión del crucificado, celebramos también esta fiesta fuera de la ciudad. Y esto lo hacemos, no con el ánimo de deshonrar a la ciudad, sino con el deseo de honrar a los mártires. Porque de otra suerte, pudieran estos santos mártires quejarse de nosotros, y decir: "¿No éramos dignos, como vosotros, de ver celebrarse en nuestras mansiones una fiesta a nuestro común Señor?" Y pudieran quejarse todavía más, y añadir: "Conque derramamos por él nuestra sangre y merecimos que se nos cortaran las cabezas, y ¿no hemos merecido ver celebrado su día en nuestros recintos?" He aquí, por qué, dejada la ciudad, hemos venido presurosos a los pies de estos santos, valiéndonos de la presente festividad, para excusarnos delante de ellos aun del tiempo pasado. Porque si aun antes de ahora era razonable que acudiésemos a estos generosos atletas de la virtud cuando yacían en el suelo, mucho más lo debemos hacer ahora, cuando vemos separadas las margaritas, cuando están las ovejas libres de los lobos, cuando se han apartado los vivos de los muertos. Ellos, cierto, ni aun antes recibían ningún daño de esta confusión y mezcla de sepultura; que estando sus almas en el cielo, nada perdían sus cuerpos por esta cercanía; estando su espíritu en las manos de Dios, no sufrían detrimento sus reliquias, por el sitio en que se guardaban. A ellos, por consiguiente, ningún daño se les seguía antes de ahora; pero, en cambio, al pueblo se le seguía muy grande daño cuando corría a ver las reliquias de los mártires, pero hacía sus preces con duda y temor de engañarse, por no conocer sus sepulturas y el lugar donde estaban escondidos los verdaderos tesoros. Y sucedía lo mismo que si unos rebaños de ovejas, dirigidos adonde pudieran gozar de las limpias corrientes de un arroyo, llegaran a los puros manantiales, pero se vieran obligados a volverse atrás por el pestilente hedor que de cerca saliese. Caminaba el pueblo hacia las puras fuentes de los mártires, pero al sentir el hedor de la herejía, que salía de cerca, se

veía obligado a retroceder. Viéndolo, pues, este sabio pastor y común maestro, que todo lo ordena para edificación de la Iglesia, no consintió que se mirara con indiferencia por más tiempo tan grave daño, siendo como es tan ardiente amador e imitador de los mártires. Y ¿qué hizo? Ved su prudencia. Cerró y obstruyó, para que ya no corrieran más, las turbias y fétidas corrientes (de la herejía), y en cambio colocó en lugar decente y limpio los puros manantiales de los mártires. Y ved cuánta humanidad mostró para con los difuntos, cuánta reverencia para con los mártires, cuánta solicitud para con el pueblo: humanidad para con los difuntos, no removiendo sus huesos, sino dejándoles permanecer en su sitio; reverencia con los mártires, apartándolos de la cercanía de los malos; solicitud para con el pueblo, no permitiendo que hiciera sus oraciones con duda y ambigüedad.

II

Por eso os hemos traído aquí, para que fuera más brillante la concurrencia, más grandioso el espectáculo, reuniéndose aquí, no sólo hombres, sino también mártires, y no sólo mártires, sino también ángeles; porque también ángeles asisten aquí; concurrencia de ángeles y de mártires tenemos este día; y si ángeles y mártires quieres ver, abre los ojos de la fe y verás este espectáculo. Porque si todo el aire está lleno de ángeles, mucho más la iglesia, y si lo está la iglesia, mucho más este día, cuando el Señor de ellos sube al cielo. Y porque veas que todo el aire está lleno de ángeles, oye lo que dice el Apóstol, exhortando a las mujeres a que tengan un velo en la cabeza: *Deben las mujeres tener un velo en la cabeza en atención a los ángeles* (1 Cor. 11, 10).

Y en otra parte Jacob: *El ángel que me libró desde mi juventud* (Gen. 48, 16). Y los que vivían en una casa con los apóstoles decían a Rodes: *Es su ángel* (el de San Pedro) (Hech. 12, 15); y de nuevo Jacob: *Vi, dice, un escuadrón de ángeles* (Gen. 32, 2). ¿Y por qué vio que había en la tierra un escuadrón y tropa de ángeles? Así como un rey manda que se establezcan en cada una de las ciudades sus refuerzos militares, no sea que, echándose encima una guerra extranjera, las recorra haciendo estragos, así también Dios, a los fieros y crueles demonios que andan por el aire y, como enemigos de la paz, continuamente están suscitando guerras, les puso enfrente los escuadrones de los ángeles, para que, con sólo presentárseles delante, los reprimie-

sen, y así nos proporcionaran a nosotros paz continua y duradera. Y porque entiendas que son ángeles de paz, oye como los diáconos dicen siempre en las oraciones: *Rogad al ángel de paz.* ¿Ves cómo están presentes los ángeles y los mártires? Por consiguiente, ¿qué mayor desdicha que la de cuantos hoy no han venido? ¿Qué mayor felicidad que la de todos nosotros que estamos presentes y disfrutamos de semejante festividad? Pero al tratar de los ángeles dejémoslo para otras ocasiones; hablemos ahora sobre el asunto de la fiesta presente.

III

1. Y ¿cuál es la festividad de este día? Venerable y grande, amado hijo, y tal que sobrepuja al entendimiento humano, y es digna de la munificencia de Dios, que la hizo. Porque hoy se entablaron las paces de Dios con la naturaleza humana; hoy desapareció la enemistad temporal y se deshizo la guerra tan prolongada; hoy nos volvió una paz maravillosa, nunca jamás esperada antes de ahora. Porque, ¿quién había de esperar que se había Dios de reconciliar con el hombre? No por ser inhumano el Señor, sino por ser perezoso el esclavo; no por ser áspero el Dueño sino por ser ingrato el siervo.

2. ¿Quieres aprender cómo habíamos irritado a nuestro benigno, nuestro amoroso Señor? Justo es que entiendas el fundamento de nuestra primera enemistad, para que al vernos honrados siendo adversarios y enemigos formales, te admires de la benignidad de quien así nos honró, para que no creas que tal mudanza procedió de nuestras propias buenas obras, y para que, fijándote en el exceso de su don, no ceses de darle continuamente las gracias por la grandeza de sus beneficios.

¿Quieres, pues, ver cómo habíamos irritado a nuestro Señor, el amador de los hombres, al benigno, al bueno, al que todo lo endereza a nuestra salvación? Deliberó en otro tiempo sobre el completo exterminio de nuestro linaje, y de tal manera se airó contra nosotros, que trató de destruirnos a todos sin dejar nada: mujeres, niños, fieras, bestias y toda la tierra. Y si quieres, yo haré que oigas la sentencia misma: *Borraré,* dijo, *de la faz de la tierra al hombre a quien crié, y también las fieras y las bestias, porque me he arrepentido de haber hecho al hombre* (Gen., 6, 7). Y para que veas que no aborrecía nuestra naturaleza, sino que aborrecía la maldad; quien dijo: *Borraré*

de la faz de la tierra al hombre a quién crié, dice al hombre: *LLegado es delante de mi el tiempo (fin) de todo hombre* (Gen. 6, 52). Porque si aborreciera al hombre, no hubiera hablado con el hombres. Mas ahora ves que ni quiere hacer lo que amenazó hacer, sino que, siendo Señor, excusa a su esclavo y habla con él como con un amigo de igual dignidad, y le dice las causas de la futura destrucción, no para que el hombre las sepa, sino para que, diciéndoselas a los otros, los haga más prevenidos. Pero, como decía, tan mal obraba antes nuestro linaje, que corría peligro aun de ser exterminado de la tierra. Mas nosotros, que aun de la tierra aparecimos indignos, hoy hemos sido elevados hasta el cielo; los que ni del mando de la tierra éramos dignos, hemos subido al reino celeste, hemos traspasado los cielos, hemos llegado al mismo trono real, y la naturaleza por la cual guardaban los querubines el paraíso, se asiente este día más arriba que los mismos querubines.

IV

Pero y ¿cómo sucedió cosa tan admirable y grande? ¿Cómo nosotros, los que habíamos ofendido a Dios, los que nos hicimos indignos de la tierra y caímos del principado terreno, fuimos elevados a tan grande altura? ¿Cómo se deshizo la guerra? ¿Cómo desapareció la ira? ¿Cómo? Porque lo admirable es que no se hizo la paz acudiendo a Dios los que injustamente la aborrecían, sino invitándonos el mismo que justamente estaba airado con nosotros. *En lugar de Cristo,* dice San Pablo, *traemos su embajada, como invitándoos Dios por nosotros* (2 Cor. 5, 20). ¿Cómo así? ¿El fue injuriado y él nos invita al perdón? –Sí, porque es Dios, y por esto nos incita como padre piadoso. Y mira lo que sucede. Hace de medianero el Hijo mismo del que nos incita al perdón, y no un hombre, ni un ángel, ni un arcángel, ni ninguno de los esclavos. Y ¿qué hace tal medianero? Lo propio de un medianero. Pues así como [27] cuando se separan dos mutuamente y no quieren reconciliarse, llegando un tercero que se ponga en medio de los dos, deshace la enemistad de entrambos, así también cuanto estaba airado Dios contra nosotros, y nosotros separados de nuestro Dios, de nuestro benigno Señor, poniéndose Cristo en medio, reconcilió entrambas naturalezas. ¿Y cómo se puso e medio? Recibió en si mismo el suplicio que nosotros debíamos recibir de su Padre, y sufrió tanto el castigo del cielo como las afrentas de la tierra. ¿Quieres ver cómo entram-

bas cosas las recibió en sí? *Cristo,* dice, *nos redimió de la maldición de la ley hecho por nosotros maldición* (Gal. 3, 13). ¿Ves cómo recibió el castigo que venía del cielo? Mira ahora cómo sufrió las injurias que le venían de la tierra: *Las afrentas de los que te afrentaban,* dice, *cayeron sobre mi* (Sal. 68, 10). ¿No has visto cómo deshizo la enemistad? ¿No has visto cómo no desistió de hacer y padecer y removerlo todo, hasta que redujo a Dios y aun convirtió en amigo al adversario y enemigo declarado?

De todos estos bienes nos fue causa el día de hoy, porque restituyó el Señor nuestra naturaleza como quien escogía las primicias de ella. Y así como en los campos espigados, si uno cogiendo unas pocas espigas y haciendo un pequeño manojo se lo ofrece a Dios, por aquello poco hace que bendiga Dios a toda la heredad, así también Cristo, por aquella su carne y sus primicias hizo que fuera bendecido todo nuestro linaje. Pero ¿por qué no ofreció toda la naturaleza? La razón es que ya no son primicias si se ofrece todo, sino solamente si ofreciendo un poco, se hace que por aquello poco obtenga bendición todo el conjunto. Pero dirás: "Si de primicias se trataba, convenía que fuera ofrecido el mismo primer hombre que fue criado; porque primicias son lo primero que brota, lo primero que germina". No son primicias, amado (oyente), la ofrenda del primer fruto raquítico y miserable, sino la del primer fruto bueno. Y como aquel primer fruto estaba sujeto al pecado, por eso no fue ofrecido, aunque fuese el primero, sino que fue ofrecido este por ser libre de pecado, aunque fuera posterior al primero, porque esto quiere decir primicias.

Y para que veas que no son las primicias del primer fruto que germina, sino el fruto sazonado, generoso y que ha llegado a la conveniente lozanía, te aduciré un testimonio sacado de las mismas Escrituras. Dice Moisés al pueblo: *Si entrares en la tierra de promisión que tu Señor y Dios te concede, y plantares en ella cualquier árbol que produzca fruto comestible, en tres años no (limpiarás) recogerás su fruto; pero el cuarto año su fruto será consagrado al Señor* (Lev. 19, 23-24). Ahora bien; si las primicias fueran lo primero que produjese, convendría que se diera al Señor el fruto del primer año; mas aquí dice: *En tres años no (limpiarás) recogerás su fruto*, sino que lo dejarás, porque está el árbol raquítico, porque está débil, porque su fruto es prematuro; pero el del cuarto año, dice, será consagrado al Señor. Y mira la sabiduría del legislador: ni permitió que se comiera aquel fruto, para que nadie antes que Dios lo recibiera, ni mandó que

fuera ofrecido, para que no fuera presentado poco maduro ante Dios. Sino que, por una parte, dice: "déjalo", por ser el primer fruto, y por otra, añade: "mas no lo ofrezcas", por ser indigno de la grandeza de aquel que lo recibe. ¿Ves cómo no lo primero que brota, sino lo bueno, es lo que se llama primicia? Y esto lo he dicho, atendiendo a la carne que ofreció Cristo.

V

Ofreció [28] pues, al Padre, las primicias de nuestra naturaleza; y de tal manera se admiró de la ofrenda el Padre, ya por la dignidad del que la ofrecía, ya por la pureza inmaculada de la misma ofrenda, que la recibió en sus propias manos, y la colocó junto a sí, y dijo: *Siéntate a mi diestra* (Sal. 109, 1). ¿A qué naturaleza dijo Dios: *Siéntate a mi diestra?* A la misma que oyó: *Tierra eres y en tierra te convertiras* (Gen. 3, 19). ¿Pues qué? ¿No bastaba traspasar los cielos? ¿no bastaba detenerse con los ángeles? ¿No era inefable también este honor? Pero sobrepujó a los ángeles, dejó atrás a los arcángeles, superó a los querubines, pasó más arriba que los serafines; avanzó más allá que los principados, y no se detuvo un punto hasta sentarse en el mismo trono del Señor. ¿No ves el espacio intermedio que hay desde la tierra hasta el cielo? pero empecemos desde más abajo: ¿no ves cuánta distancia hay desde el infierno a la tierra? ¿cuánta a su vez desde la tierra hasta el cielo? ¿y cuánta a su vez desde el cielo hasta el cielo más elevado? ¿y cuánta desde este a los ángeles, a los arcángeles, a las supremas potestades, al mismo trono real? Pues toda esta distancia y altura hizo que subiese nuestra naturaleza. Mira cuán abajo yacía, y cuán arriba se remontó. Ni se podía bajar más de lo que bajó el hombre, ni subir más de lo que Cristo le elevó. Esto es lo que nos demostraba San Pablo, al decir: *El que bajó ese mismo subió.* Y ¿adónde bajó? *A las partes más bajas de la tierra* (Ef. 4, 10); y subió más arriba que todos los cielos.

VI

Mira quién subió, qué naturaleza, y cómo estaba antes de subir; pues gustoso me detengo en la vileza de nuestro linaje, para deducir y saborear el honor que recibimos de parte de la benignidad del Señor. Tierra y ceniza éramos nosotros; pero en esto no hay todavía culpa,

pues era miseria de la misma naturaleza. Nos hicimos más insensatos que los irracionales: *Porque fue comparado el hombre a las bestias irracionales y se hizo semejante a ellas* (Sal. 48, 21). Y el hacerse semejantes a los irracionales es para el hombre hacerse peor que un irracional. Pues el ser naturalmente irracional y permanecer en tal estado, es propio de la naturaleza; pero que los dotados de razón caigan en la insensatez de los irracionales, es culpa de la voluntad. De manera, que cuando oigas que se hizo semejante a los irracionales, no creas que te dijo eso porque quisiera mostrar a los hombres iguales, sino todavía peores que los irracionales. Peores, en efecto, y más insensatos que irracionales nos hicimos, no porque siendo hombres caímos en tal bajeza, sino porque los dejamos atrás con nuestra ingratitud. Esto demostraba Isaías cuando decía: *Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor; mas Israel no me conoció* (Is. 1, 3). Con todo, no nos avergoncemos de lo anterior, porque *donde abundó el delito, abundó con exceso la gracia* (Rom. 5, 20). ¿Has visto cómo éramos más irracionales que las bestias? ¿quieres ver todavía cómo éramos más irracionales que las aves? *La tórtola y la golondrina y los pájaros del campo conocieron el tiempo de su inmigración; pero mi pueblo no conoció mis juicios* (Jer. 8, 7). Hemos aquí más irracionales que los asnos y los bueyes, más que las aves, más que la tórtola y la golondrina. ¿Quieres ver otra insensatez nuestra? Nos hace discípulos de las hormigas; hasta tal punto perdimos el sentido de nuestra naturaleza; porque ve, dice, *a la hormiga, e imita sus caminos* (Prov. 6, 6). De las hormigas llegamos a ser discípulos los que fuimos hechos a la imagen de Dios; mas no fue la causa quien nos hizo, mas nosotros, que no conservamos su imagen. Y ¿qué digo a las hormigas? a las piedras vencimos en insensatez. ¿Quieres que también para esto te aduzca un testimonio? *Oídlo*, dice Miqueas, *valles y cimientos de la tierra; porque el Señor va a juzgar a su pueblo* (Miq. 6, 2). ¿Juzgas a los hombres y apelas a los cimientos de la tierra? Sí, dice, porque más insensibles son los hombres que los cimientos de la tierra. Pues, ¿qué colmo de maldad buscas todavía, una vez que aparecemos más insensatos que las bestias de carga, más irracionales que los bueyes, más ingratos que la golondrina y la tórtola, más insipientes que las hormigas, más insensibles que las piedras e iguales a las serpientes? Porque *su furor*, dice (Sal. 57, 5), *es a la manera del de la serpiente. Veneno de áspides bajo sus labios* (Sal. 13, 3 y 139, 4). Y ¿qué necesidad hay de aducir la insensatez de los irracionales, siendo así que hasta se nos

llama hijos del mismo demonio? Porque *vosotros,* dice, *sois hijos del demonio* (Jn. 8,14).

Y sin embargo, nosotros los insensibles e ingratos, los faltos de razón, los más duros que las piedras, los inferiores a todos, los deshonrados, los en extremo viles... ¿cómo lo diré [29]? ¿qué hablaré? ¿cómo pronunciaré estas palabras? la naturaleza abyecta, la más insensata de todas, ha llegado a ser hoy la más encumbrada de todas.

Hoy han obtenido los ángeles lo que hace mucho tiempo codiciaban. Hoy han visto los arcángeles lo que hace mucho tiempo ansiaban ver, nuestra naturaleza resplandeciendo desde el trono real, rodeada de inmortal gloria y hermosura. Si, esto deseaban desde hace tiempo los ángeles; esto codiciaban desde hace tiempo los arcángeles. Porque aun cuando eran ellos sobrepujados en gloria, con todo, se regocijaban en nuestros bienes; así como al revés, cuando fuimos castigados se entristecían; y por esta razón aun cuando guardaban el paraíso los querubines, mostraban tristeza. Y así como un siervo que prende a un consiervo le custodia, sí, por el precepto de su señor, pero se entristece de lo acaecido, por la compasión que tiene a su consiervo, así también los querubines, aunque tomaron a su cargo el custodiar el paraíso, pero se entristecían de tenerlo que custodiar. Y para que te persuadas que se entristecían, voy a hacértelo ver por lo que sucede en los hombres. Porque al ver que los hombres se compadecen de sus consiervos, no dudes ya tratándose de los querubines; pues mucho más benignas que los hombres son aquellas potestades. Ahora bien; ¿quién de los justos no se entristeció cuando eran castigados los hombres justamente y después de muchos pecados? Maravilloso es que viendo los pecados de los hombres y que habían ofendido a Dios, sin embargo se entristecían; por ejemplo, Moisés después de la idolatría de los Israelitas: por eso decía: *Si les perdonas esta culpa, perdónasela; pero si no, bórrame también a mi del libro que escribiste* (Ex. 32, 31-32). ¿Cómo así? ¿Ves la impiedad, y te dueles de los que son castigados por ella? Por eso precisamente, dice, me entristezco, porque son castigados y porque dan justos motivos de castigo. Y Ezequiel, viendo al ángel que hería al pueblo, alzó poderosamente la voz, y con gemidos dijo: *¡Ay de mi Señor, porque aniquilas los restos de Israel* (Ez. 9, 8) Y Jeremías dice: *Amaéstramos, Señor, mas en juicio y no en ira, para que no nos hagas los menos numerosos* (Jer. 10, 24). De manera que se entristecen Moisés y Ezequiel y Jeremías, y ¿no iban a sentir nada nuestras desgracias aquellas celestes potestades? ¿Y

cómo pudiera esto parecer razonable? En cambio, porque juzgan como propias nuestras cosas, mira cuánta alegría mostraron cuando vieron al Señor reconciliado con nosotros. Y cierto, si no se hubieran entristecido antes, tampoco se hubieran alegrado después. Y que se alegraron, es cosa manifiesta por lo que dice Cristo: *Habrá alegría en el cielo por un pecado que se convierta* (Jn. 15, 7). Y si viendo a un pecador convertido se regocijan los ángeles, al ver hoy elevada al cielo nuestra naturaleza en sus primicias, ¿cómo no habían de experimentar extremado regocijo?

Oye, pues, ahora otro argumento distinto de la alegría de los habitadores del cielo por nuestra reconciliación. Cuando nuestro Señor nació según la carne, viendo que ya se había reconciliado con los hombres (pues de no haberse reconciliado, no hubiera bajado hasta tal término); ordenados en coros por la tierra clamaban y decían: *Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra, en los hombres de buena voluntad*[30] (Lc. 2, 14). Y porque veas que glorifican a Dios porque alcanzó los bienes la tierra, añadieron la causa diciendo: "paz en la tierra, buena voluntad en los hombres", en los mismos que hasta ahora estaban abiertamente en guerra, en los desconocidos e ingratos. ¿Ves cómo glorifican a Dios por los bienes ajenos? o mejor diré, propios, porque nuestros bienes los tienen también por suyos. ¿Quieres también ver cómo cuado iban a ver a Cristo subir al cielo, se alegraban y regocijaban? Oye lo que dice Cristo; que subían y bajaban continuamente. Y esto es propio de quien desea ver algún maravilloso espectáculo. ¿Y por dónde consta que subían y bajaban? Oye cómo él mismo nos dice: *Presto veréis los cielos y a los ángeles de Dios subiendo y bajando por el Hijo del hombre* (Jn. 1, 51). Esto es propio de los que aman, que ni siquiera esperan la ocasión, sino que con la alegría se anticipan al tiempo. Por esto bajan, apresurándose por ver aquel nuevo y maravilloso espectáculo, ¡un hombre que se presenta en el cielo!; por esto en todas partes aparecen ángeles, ángeles cuando nacía, cuando resucitaba, y hoy cuando se remontó a los cielos. *He aquí,* dice, *que aparecieron dos (ángeles) con vestiduras blanca,* mostrando en el ropaje su alegría; y dijeron a los discípulos: *Varones de Galilea, ¿a qué estáis parados aquí? Este Jesús que de entre vosotros ha subido al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto subir al cielo* (Hech. 1, 10-11).

VIII

Aquí atendedme con diligencia. ¿Por qué razón dicen esto? ¿Acaso no tenían ojo los discípulos? ¿Acaso no estaban viendo lo que sucedía? ¿No dijo el Evangelista, que se elevó viéndolo ellos? ¿Pues por qué razón se ponen los ángeles a enseñarles que ha subido al cielo? Por estas dos razones: la una porque tenían continuamente tristeza por la separación de Cristo. Y que tenían tristeza, es claro; oye, si no, cómo les dijo: *Ninguno de entre vosotros me pregunta: ¿adónde vas? sino que porque he dicho estas cosas, se han llenado vuestros corazones de tristeza* (Jn. 16, 5-6). Y en efecto; si no podemos sufrir el separarnos de los amigos y parientes; los discípulos, que veían apartarse de ellos a su Salvador, su Maestro, su tutela, al amador de los hombres, al manso, al bueno, ¿cómo no se habían de entristecer? ¿cómo no se habían de angustiar? Por esto se puso el ángel a consolarlos de la tristeza de la subida al cielo con la promesa de la nueva venida. Porque *Este Jesús,* dice, *que de entre vosotros se ha elevado al cielo, volverá de la misma manera.* ¿Os habéis entristecido, dice, porque ha subido? No tengáis ya más tristeza; porque ha de venir de nuevo. Para que no hicieran lo que hizo Eliseo, que al ver que era arrebatado su maestro, rasgó la túnica (pues no veía presente a nadie que le dijera que había de volver de nuevo Elías) para que no hicieran lo mismo los apóstoles, se les presentan los ángeles consolándolos de su tristeza.

Y esta fue la primera causa de la presencia de los ángeles: la segunda no es inferior; y refiriéndose a ella, añadió la cláusula: *el que se ha elevado.* Y ¿cuál es esta causa? Que se elevó al cielo. Grande era la distancia, y no era dado a la capacidad de nuestra mirada el ver a un hombre elevarse hasta el cielo. Sino que así como cuando una ave vuela a lo alto, cuanto a mayor altura se remonta, tanto más se esconde a nuestra vista; así también, cuanto más alto subía el cuerpo de Cristo, tanto más se nos ocultaba, no siendo capaces de acompañarle nuestros débiles ojos por lo largo de la distancia. Por esto se presentaron los ángeles enseñándoles la subida al cielo, para que no creyesen que subió "como hacia el cielo" cual Elías, sino que subió realmente al cielo; por esto dicen: *El que se ha elevado de entre vosotros al cielo.* Porque no añadió esto sin ningún sentido. En efecto; Elías fue arrebatado como hacia el cielo, pues era siervo; pero Jesús al cielo, pues era Señor; aquel en carro de fuego, este en una nube.

Porque cuando convenía llamar al siervo, se enviaba por él un carro; mas cuando al Hijo, el mismo trono real; y no un trono real como quiera, sino el mismo trono de su Padre. Pues del Padre dice Isaías: *He aquí que el Señor está sentado en una nube ligera* (Is. 19, 1). Sentándose, pues, en una nube el Padre, también al Hijo le envió, por esta razón, una nube. Mas Elías, al subir envió una piel de oveja sobre Eliseo; pero Jesús, al subir envió sobre sus discípulos, tales gracias, que hacen, no ya un profeta Eliseo, sino inumerables Eliseos; y lo que es más, mucho mayores y más ilustres que aquel.

IX

Levantémonos, pues, amados hijos y miremos a aquella nueva venida. Porque dice San Pablo: *El Señor mismo bajará de los cielos con imperio a la voz del arcángel; y nosotros, los vivientes, los que quedamos aún, seremos arrebatados en las nubes al aire al encuentro del Señor*, mas no todos (1 Tes. 4, 15-16). En efecto, que no todos hemos de ser arrebatados, sino que los unos quedarán abajo, y serán arrebatados los otros; oye como lo dice Cristo: *Entonces se hallarán dos mujeres moliendo en un molino: la una será escogida, la otra será dejada; y habrá dos en un lecho: el uno será escogido y el otro dejado* (Mt. 24, 40-41). ¿Qué quiere decir este enigma? ¿Qué quiere decir este misterio inefable? Por la piedra de molino nos significó a todos los que viven en pobreza y miseria, y por el lecho y descanso nos dio a entender a todos los que viven en riquezas y honores. Y queriéndonos mostrar que también entre los pobres unos se salvan y otros se pierden, dijo que de dos mujeres que muelen en una piedra, la una sería escogida y la otra dejada;y de los que están en un lecho, el uno escogido y el otro abandonado. Claro está que los pecadores serán los dejados para que aguarden el castigo, y los justos los arrebatados en las nubes. Porque así como cuando entra un rey en la ciudad, todos los que están constituidos en cargos y dignidades y tienen con él mucha confianza, salen delante de la ciudad a su encuentro, pero a los reos y criminales se los guarda dentro para que esperen la sentencia del rey; así también, cuando se presente el Señor, los que tengan confianza con él le saldrán al encuentro en los aire, pero los reos y los que tengan conciencia de muchos pecados esperarán aquí a su juez. Entonces seremos arrebatados también nosotros; no he dicho "nosotros" porque me cuente en el número de los que serán arrebatados; no

soy tan insensato y necio que desconozca mis propias culpas. Porque si no quisiera perturbar el regocijo de la presente fiesta, lloraría amargamente al recordar estas palabras, por acordarme de mis propios pecados. Pero porque no quiero confundir la alegría de la solemnidad presente, aquí terminaré el discurso, dejándoos reciente la memoria de aquel día, para que ni el rico se alegre en sus riquezas, ni el pobre se lamente en su pobreza, sino que cada uno haga, ya esta, ya aquella obra, como se lo dicte la conciencia. Porque ni el rico es feliz, ni el pobre es desdichado, sino que quien sea digno de ser aquel día arrebatado en las nubes es feliz, y mil veces feliz, aunque sea el más pobre de todos, como, al revés, el que entonces cayere es lamentable y desgraciado mil veces, aunque sea el más afortunado. No lo digo sino para que los que estemos envueltos en pecados nos lloremos a nosotros mismos,y los que viven en buenas obras esfuercen todos su confianza, mejor dicho, no sólo confíen, sino que también se aseguren, como también los anteriores, no sólo lloren, sino que se conviertan. Que bien puede el que está en pecado, pospuesta la maldad, volver a la virtud y llegar a ser igual a los que desde un principio vivieron bien. Esforcémonos pues, a esto también nosotros; y los que tienen conciencia de ser virtuosos, permanezcan en la piedad, aumentando siempre esta hermosa posesión y añadiendo más y más a la primera seguridad; pero los que no tenemos tal seguridad, sino conciencia de muchos pecados, convirtámonos, para que, llegando a la seguridad de ellos, todos juntos recibamos unánimes con el debido honor al Rey de los ángeles, y gocemos de aquella bienaventurada dicha en Cristo Jesús Señor nuestro, a quien sea la gloria y el poder juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES

HOMILIA PRIMERA

Es incierta la fecha de esta homilía.

Serie de las ideas principales.

I. Se queja de los que sólo en las grandes solemnidades como esta acuden al templo.

II. No hay razón para acudir tan de tarde en tarde, pues para los cristianos siempre es fiesta, porque la fiesta la hace la conciencia pura.

III. Pasa después a ponderar la grandeza de la fiesta de Pentecostés por los dones del Espíritu Santo que se manifestaron en los Apóstoles. Sus maravillas, en especial las de San Pedro.

IV. Cómo el don del Espíritu Santo es prenda de la reconciliación de Dios con nosotros.

V. Pero ¿está en nosotros el Espíritu Santo? Porque antiguamente hacia milagros y ya no los hace. Respuesta: Se prueba la presencia del Espíritu Santo por los efectos que obra, perdonando los pecados, dando valor a nuestras oraciones, dando a la Iglesia el don de ciencia y sabiduría, instituyendo en ella pastores y doctores, obrando con su divina virtud en el Santo Sacrificio, conservando la Iglesia.

VI. ¿Por qué ahora no se obran milagros? –Mayor honra nos hace Dios en no obrarlos, porque es señal de que nuestra fe está más arraigada.

VII. Exposición del hecho mismo de la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles: cómo se nos dio el Espíritu Santo en prenda de seguridad en cambio de las primicias que nuestra naturaleza envió al cielo en Jesucristo.

VIII. De considerar brevemente la gloria de Jesucristo, asalta la mente de San Juan Crisóstomo la idea de la gloria y majestad con que aparecerá el último día, y cómo delante de él se abrirán los libros y memorias de nuestra vida. En aquellos libros se escriben nuestros pecados; mas no debemos temer, porque también tenemos medios de borrarlos.

IX. Resumen brevemente todo lo dicho, y exhorta a recordarlo, sobre todo, lo dicho sobre los libros, como más oportuno para vivir con cautela.

He aquí el título: SOBRE LA FIESTA SANTA DE PENTECOSTES Y POR QUE AHORA NO SE OBRAN MILAGROS, Y COMO SE ESCRIBE (EN EL LIBRO DE DIOS) TODO CUANTO HACEMOS Y DECIMOS.

I

¡Nueva festividad, nuevo concurso de gente, nuevo júbilo por la muchedumbre de sus hijos para la Iglesia, madre no menos fecunda que amorosa! Pero ¿qué le aprovecha el amarlos, si no puede gozar continuamente de la vista de sus rostros que tanto ansía, sino solamente en las festividades? Hállase con esto en la misma situación que quien poseyera una elegante vestidura, y no le fuera dado usar siempre de ella. Pues vestidura es de la Iglesia la muchedumbre de los concurrentes, como, hablando con ella, antiguamente lo decía el profeta: *De todos estos te rodearás, como de las galas de un esposo y de las vestiduras de una esposa* (Is., XLIX, 18). Así, pues, como una noble y honesta matrona aparece mucho más majestuosa y agraciada cuando desciende hasta los pies su vestidura, así también la Iglesia se muestra hoy más elegantemente compuesta, revestida de la muchedumbre de vuestros cuerpos y completamente ataviada con esta vestidura. Ninguna parte de ella queda hoy descubierta como los días pasados, y la causa de tal desnudez fueron los que solamente hoy asisten y no cubren continuamente a su madre. Por lo demás, si queremos entender cuán peligroso y abominable sea el no hacer caso de dejar desnuda y vacía la Iglesia nuestra madre, acordémonos de aquella historia antigua, en que el hijo vio a su padre desnudo, y fue por ello castigado (Gen. 9, 21 ss); y eso que él no fue la causa de la desnudez de su padre, sino que tan sólo le vio desnudo; mientras que muchos de los que ahora asisten y hasta ahora no han asistido, no sólo ven a la Iglesia su madre desnuda, sino que, además, son causa de su desnudez. Y si el que sólo vio la desnudez en su padre no escapó del suplicio, ¿cómo lograrán perdón los que son causa de ella? No lo digo no, con ánimo de herir a nadie, sino para que todos evitemos la maldición de Cam, e imitemos la piedad de Sem y de Jafet, y cubramos siempre también nosotros a nuestra madre. A los judíos pertenece eso de presentarse ante Dios sólo tres veces al año; a ellos se les dijo: *Tres veces al año aparecerás en la presencia del Señor tu Dios* (Ex. 23, 17); pero a nosotros siempre nos quiere Dios delante de sí. Además, de que a ellos los obligaba la mucha distancia de sus pueblos a reunirse tan pocas veces por estar circunscrito a un solo lugar el culto de Dios; de ahí que fueran tan contados los tiempos en que se presentaban y reunían en el templo; pues en Jerusalén precisamente, y no en otra parte, debían adorar a Dios. Por esto mandó tan sólo que

tres veces al año se presentaran delante de él; y, ciertamente, los excusaba la distancia del camino; pero nosotros ningún género de excusa podremos alegar. Ellos estaban diseminados por toda la tierra, como consta por estas palabras: *Había en Jerusalén habitantes judíos, hombres religiosos, procedentes de todas las naciones de debajo del cielo* (Hech. 2, 5); nosotros, en cambio, habitamos todos una misma ciudad, vivimos dentro de las mismas murallas, y muchas veces ni siquiera el espacio de un callejón nos separa de la iglesia, y con todo nos presentamos tan pocas veces en esta sagrada reunión, lo mismo que si entre la iglesia y nosotros mediase la distancia de largos y dilatados mares.

II

Y la verdad es que, así como a ellos les mandó celebrar fiesta solamente en tres tiempos, a nosotros nos mandó celebrarla siempre, porque para nosotros siempres es fiesta. Para que veáis como, efectivamente, siempre es fiesta para nosotros, os expondré la razón de cada fiesta, y veréis cómo todos los días subsiste para nosotros. Nuestra primera fiesta es la Epifanía; ¿cuál es la razón de ella? *Que Dios se dejó ver en la tierra y vivió con los hombres* (Bar. 3, 38); que Dios, el Unigénito Hijo de Dios estuvo con nosotros; ahora bien, esto siempre tiene lugar: *He aquí,* dice el, *que yo estoy con vosotros todos los días hasta la cosumación de los siglos* (Mt. 28, 20); luego todos los días podemos celebrar la Epifanía. ¿Qué quiere decir la fiesta de la Pascua? ¿Cuál es su motivo? Anunciamos entonces la fiesta del Señor, y esto quiere decir la Pascua; pero tampoco en esta fiesta tenemos tiempo limitado. Porque queriendo San Pablo dejarnos libres de todo límite y traba de tiempos, y haciéndonos ver que siempre podemos celebrar la Pascua, nos dijo: *Cuantas veces comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor* (1 Cor. 11, 26). Luego, como siempre podemos anunciar la muerte del Señor, siempre podemos celebrar la Pascua. ¿Queréis ver cómo también la fiesta de hoy se puede celebrar cada día, o mejor dicho, cada día tiene lugar? Veamos cuál es su fundamento, y por qué motivo la celebramos. Su fundamento y motivo es que hoy descendió a nosotros el Espíritu Santo; porque asi como está con los fieles el Unigénito Hijo de Dios, así también lo está el Espíritu de Dios. ¿De dónde nos consta? De estas palabras: *El que ama aguardará mis mandamientos; y yo rogaré al*

Padre, y os dará otro Consolador, el Espíritu de la verdad, que permanecerá con vosotros para siempre (Jn. 14, 15-17). Así, pues, como de sí mismo dijo Jesucristo: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos*, y podemos, por lo tanto, celebrar siempre la Epifanía; así también del Espíritu dijo: *Con vosotros permanecerá para siempre*, y podemos por ello celebrar siempre la fiesta de Pentecostés.

Y porque entendáis que siempre podemos celebrar fiesta y que no estamos circunscritos a ninguna ocasión, ni encerrados en los límites de tiempo alguno, oíd estas palabras de San Pablo: *Así, pues, celebremos fiesta* (1 Cor. 5, 8). Ahora bien; cuando esto escribía, no era fiesta alguna; no era la Pascua, no era la Epifanía, no era Pentecostés; pero nos quiso enseñar que no es el tiempo, sino la conciencia pura lo que hace día de fiesta: porque la verdadera fiesta no es otra cosa sino la alegría; y la alegría espiritual e interior de ninguna otra cosa nace sino de la conciencia de buenas obras; y el que tenga buena conciencia y buenas obras, siempre puede celebrar fiesta. Esto es, en efecto, lo que San Pablo indicaba al decir: *Así, pues, celebremos fiesta, no con levadura añeja; ni con levadura de maldad y corrupción, sino con los panes ácimos de sinceridad y verdad* (Ibid.). ¿Ves cómo no te redujo a los límites de tiempo alguno, sino que te exhortó a tener siempre pura conciencia? En este asunto quisiera emplear todo el discurso, porque los que después de mucho tiempo logran al fin tener en su poder a los que deseaban, no los dejan irse fácilmente, ya pues que también yo os he cogido dentro de mis redes a los que asistís con la interrupción de un año, no quiero hoy dejaros marchar; pero para que no os vayáis vacíos de lo que pertenece a la fiesta de hoy, dejada a un lado esta exhortación, necesario es encaminar el discurso al asunto de la solemnidad que celebramos.

III

Muchos son los bienes que para provecho del género humano han bajado muchas veces del cielo a la tierra; pero bienes de tal calidad como los de hoy, jamás hasta ahora descendieron. Ved, pues, cuáles eran los bienes de antes y cuáles los de hoy, y veréis la diferencia de entrambos. *Llovió Dios maná sobre la tierra y dióles pan del cielo* (Sal. 77, 24), porque comió el hombre pan de ángeles, ¡Grande don, en verdad, y digno de la bondad de Dios! Mas tarde bajó fuego del

cielo, y corrigió el error del pueblo judaico, y arrebató del altar el sacrificio; además, cuando todos se consumían de hambre, bajó una lluvia que proporcionó grande abundancia y prosperidad (3 Re. 18, 38) ¡Grande y maravillosos beneficios! Pero ¡cuánto mayores son los de ahora! Porque no es maná, ni fuego, ni lluvia, lo que hoy ha bajado, sino un torrente de gracias espirituales; nubes copiosas han descendido del cielo, que no ya disponen la tierra para fructificar, sino persuaden a la humana naturaleza a que dé el fruto de la virtud al labrador celestial de los hombres. Los que tan sólo una gota de esta gracia recibieron, olvidáronse al punto de su propia naturaleza, y de repente quedó toda la tierra llena de ángeles, no de ángeles celestes, sino corpóreos, que ostentaban en cuerpos humanos la virtud de las potestades incorpóreas. Porque no bajaron los ángeles a la tierra, sino lo más admirable fue que los hombres se remontaron a la virtud de los ángeles, pues no vivían con sólo el alma, despojados de la carne, sino que conservando la misma naturaleza, con la voluntad llegaron a ser ángeles. Y para que entiendas que aquel castigo primero que Dios te impuso al decirte: *Tierra eres y en tierra te convertirás* (Gen. 3, 19), no fue verdadero castigo, permitió que permanecieras en la tierra para que se ostentara mejor en ti la virtud del Espíritu Santo, que obra tales prodigios por medio de un cuerpo terrenal. Porque era, en verdad, digno de verse que una lengua de barro dominara a los demonios; digno de verse que una mano de barro sanara enfermedades, y más digno de verse aún que, no ya una mano de barro, sino, lo que es mucho más admirable, la sombra tan sólo de cuerpos de barro, triunfara de la muerte y de las potestades incorpóreas, de todos los espíritus infernales. Porque así como al aparecer el sol huye la oscuridad, sepúltanse las fieras en sus escondrijos, los homicidas, ladrones y profanadores de sepulcros corren a acogerse a las cumbres de las montañas, así, al aparecer y emitir su voz San Pedro, disipábanse las tinieblas del error, retirábase Satanás, huían los demonios, desaparecían las enfermedades de los cuerpos, curábanse las dolencias de las almas, desterrábase toda maldad y restablecíase la virtud en el mundo. Y así como cualquiera prenda que se logre sacar de los erarios imperiales, donde se guarda con estima el oro y piedras preciosas, aunque sólo sea una perla, basta para enriquecer al que la tiene, así también, cualquiera palabra que saliera de la boca de los Apóstoles –que era verdadero erario real donde estaban depositados los tesoros de curaciones– proporcionaba grandísimas riquezas espirituales. ¡Entonces si

que realmente se echaba de ver que las palabras de Dios son deseables más sin comparación que el oro y las perlas (Sal. 118, 11)! Pues lo que ni el oro ni las perlas podían, lo podían las palabras de Pedro. ¿Qué cantidad de talentos de oro hubiera logrado sanar el cojo de nacimiento? Pero púdolo hacer la palabra de Pedro. Dijo: *En el nombre de Jesucristo, levántate y anda* (Hech. 3, 6), y las palabras se convirtieron en obra. ¿Ves cómo eran deseables más que el oro y abundancia de piedras preciosas? ¿Ves cómo aquellas bocas eran, en efecto, erarios reales? Verdaderamente, ellos eran médicos, labradores y pilotos de todo el mundo: médicos, porque curaban enfermedades; labradores, porque sembraban la palabra de la virtud; pilotos, porque calmaron la tormenta del error. Por esto, en una ocasión dice Dios de ellos: *Id y curad los enfermos* (Mt. 10, 8), hablándoles como a médicos; y en otra: *He aquí que os envio a segar lo que no trabajasteis vosotros* (Jn. 4, 38), hablándoles como a labradores; y en otra: *Os voy a hacer pescadores de hombres* (Mt. 4, 19), y a San Pedro en particular: *No temas, en adelante serás pescador de hombres* (San Lucas, 5, 10), tratándolos como a pilotos y pescadores; y ¡allí sí que se veían maravillas sobre maravillas! Porque hace diez días subió nuestra naturaleza al trono real de Dios, y hoy bajó el Espíritu Santo sobre nuestra naturaleza; llevó al cielo el Señor nuestras primicias, e hizo bajar al Espíritu Santo. Dios es también y Señor el que nos distribuye estos dones, porque el Espíritu Santo es Dios, y se repartieron entre sí el cuidado de nosotros el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Aún no habían pasado diez días desde la Ascensión, y ya nos envió Jesucristo carismas espirituales, prendas de la reconciliación que había obrado. Porque, a fin de que nadie dudara y preguntara que era lo que jesucristo había obrado con su Ascensión a los cielos, si nos había reconciliado con el Padre, si lo había vuelto propicio para Nosotros; queriendo hacernos ver que le reconcilió, en efecto, con nuestra naturaleza, enviónos al instante las prendas y dones de la reconciliación. Puesto que cuando se unen y reconcilian los enemigos, suele seguirse al punto a la reconciliación [31] el darse muestras de amor, estrecharse las diestas y regalarse mutuos dones. Así también nosotros enviamos la prenda de nuestra fe, y recibimos en pago carismas y dones; enviamos nuestra obediencia, y recibimos justicia y santidad.

IV

Y para que entendáis cómo el habérsenos dado el Espíritu Santo es prenda y garantía de la reconciliación de Dios, me esforzaré en convenceros de ello por la Sagrada Escritura, probándooslo en primer lugar por lo contrario, haciéndoos ver cómo cuando Dios está irritado con nosotros, detiene la gracia del Espíritu Santo; para que persuadidos que es señal de su ira el no dar el Espíritu Santo, al verlo hoy enviado del cielo, deduzcáis, que si no se hubiera reconciliado ya, no lo hubiera enviado sobre nosotros. Y ¿de dónde lo podemos entender? Era Helí un anciano justo y prudente en lo demás, pero que no sabía corregir la maldad de sus hijos, antes los amaba con esceso. Oidlo cuantos teneis hijos y poned justo límite a vuestro amor y consideración con ellos. Pues por esta causa irritó Helí al señor, y le provocó a tan grande enojo, que se apartó de toda la nación. Y así para indicar el escritor sagrado hasta qué punto los rechazó y se apartó de ellos el Señor, dijo: *Y la palabra (del Señor) era preciosa, y no había visión que distinguiera (lo futuro)* (1 Re. 3, 1), llamando precioso en este lugar a lo escaso y raro; pues daba a entender con estas palabras, que escaseaba entonces el don de profecía. Y en otra parte, llorando y lamentándose el profeta por la ira de Dios, decía: *No hay en este tiempo príncipe ni profeta* (Dan. 3, 38); y a su vez el Evangelista dice: *Porque aún no había* (no había sido dado) *el Espíritu Santo; puesto que Jesús no había sido glorificado* (Jn. 7, 39). Como aún no había sido crucificado Jesucristo, dice, aún no se había dado a los hombres el Espíritu Santo; pues la palabra *glorificado* quiere decir aquí *crucificado*; porque aun cuando la crucifixión es de suyo ignominiosa, pero como la sufrió por aquellos a quienes amaba, la llama Jesucristo gloria. Y ¿por qué razón, decidme, no se dio el Espíritu Santo antes de la crucifixión? Porque la tierra se hallaba envuelta en pecados, ofensas, enemistades y deshonra, cuando aún no se había ofrecido el Cordero que quita el pecado del mundo. Así es que como no había sido aún crucificado Jesucristo, aún no estaba hecha la reconciliación; y como aún no estaba hecha la reconciliación, con justo motivo no se enviaba el Espíritu Santo, para que fuese enviado más tarde como prenda y testimonio de la reconciliación. Por esta causa dijo Cristo: *Conviéneos que yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá El* (Jn. 16, 7); si yo no fuere, dice, y reconciliare al Padre, no os enviará al Consolador. ¿Veis por cuántos pasajes de la Escritura os he demostrado que

es señal de la ira de Dios el no estar entre los hombres el Espíritu Santo? *La palabra (del Señor) era preciosa (o rara) y no había visión que distinguiera lo futuro (o don de profecía)* (1 Re. 3, 1). *–Porque no hay en este tiempo príncipe ni profeta* (Dan. 3, 38). *–Porque aún no había sido enviado el Espíritu Santo, puesto que Jesús no había sido glorificado* (Jn. 7, 39). *–Conviéneos que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá El* (Jn. 16, 7). Luego señal es de la ira de Dios el no haber Espíritu Santo: luego al verlo enviado con grande abundancia, ya no dudes de la reconciliación.

V

Pero, ¿dónde está ahora, me diréis, el Espíritu Santo? Porque antiguamente bien claro se descubría, cuando se obraban milagros, cuando eran resucitados los muertos y curados todos los leprosos; pero ahora, ¿por dónde podremos probar que está en nosotros el Espíritu Santo? No temáis; porque voy a demostrar cómo también ahora el Espíritu Santo está en nosotros. ¿Cómo se demuestra? Oíd: si no estuviera en nosotros el Espíritu Santo, ¿cómo todos estos que en esta sagrada noche han sido iluminados se hubieran librado de la culpa? Porque no hay manera de librarse de culpas sin influencia y poder del Espíritu Santo. Oíd, en efecto, las palabras de San Pablo: *Eramos en otro tiempo también nosotros necios, incrédulos, sujetos al error, esclavos de diversos apetitos; pero cuando se desburrió la benignidad y clemencia de nuestro Salvador y Dios, nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hiciéramos, sino según su propia misericordia, con el bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo* (Tit. 3, 3-5); y en otra parte dice: *No os equivoquéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los muelles, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, poseerán el reino de Dios* (1 Cor. 6, 9). ¿Ves aquí todas las clases de pecado? *Pues esto es,* dice, *lo que fuisteis algunos; pero fuisteis purificados, fuisteis santificados, fuisteis justificados.* ¿De qué manera? que esto es lo que tratamos de averiguar, si dejamos o no la culpa por medio del Espíritu Santo. Pues oíd: *Pero fuisteis santificados, fuisteis justificados, en el nombre de Jesús nuestro Señor, y en el Espíritu de nuestro Dios* (Ib., v. 11). ¿No ves como fue el Espíritu Santo quien borró toda aquella maldad?

¿Dónde están ahora los que blasfeman de la majestad del Espíritu Santo? Porque si no perdona los pecados, sin razón se le recibe en el

bautismo; y si los perdona, sin razón blasfeman de él los herejes. Si no hubiera Espíritu Santo, ni aun siquiera podríamos decir "Señor Jesús": *Nadie,* dice San Pablo, *puede decir Señor Jesús, si no es por el Espíritu Santo* (1 Cor. 12, 3). Si no hubiera Espíritu Santo, no podríamos los fieles invocar a Dios; porque decimos: *Padre nuestro que estás en los cielos* (Mt. 6, 9). Así, pues, como no le podríamos llamar Señor, así tampoco le podríamos dar el nombre de Padre. ¿Por dónde consta? Por el mismo Apóstol que dice: *Y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Abba, Padre* (Gal. 4, 6). Así, pues, al llamarle Padre, acuérdate que por moción del Espíritu Santo en tu alma se te hace la dignación de tributarle tal nombre. Si no hubiera Espíritu Santo, no habría en la Iglesia el don de hablar con sabiduría y ciencia; porque *A uno se le da por el Espíritu Santo hablar con sabiduría, a otro hablar con ciencia* (1 Cor. 12, 8). Si no hubiera Espíritu Santo, no habría en la Iglesia pastores y doctores; porque también a estos los forma el Espíritu Santo, como lo afirma San Pablo: *El Espíritu Santo os ha instituido pastores y obispos* (Hech. 20, 28) [32]. ¿Ves cómo también esto procede del Espíritu Santo? Si no estuviera el Espíritu Santo en este nuestro común doctor y padre [33], cuando hace poco ha subido a esta sagrada tribuna, y os ha dado a todos la paz, no le hubierais respondido todos con este clamor: *Y también con tu Espíritu;* por esta razón, no solamente le respondéis con esta voz cuando sube aquí, ni sólo cuando os habla, ni sólo cuando ruega por vosotros, sino también cuando asiste a ese sagrado altar, cuando va a ofrecer el tremendo sacrificio (ya saben lo que digo los iniciados); no toca la ofrenda hasta haber pedido él para vosotros la gracia del Señor, y haberle respondido vosotros: *Y también con tu Espíritu*, recordándoos a vosotros mismos con esta respuesta, que allí no obra nada el que está presente, y que no es cosa humana aquella oblación, sino que la gracia del Espíritu Santo que con su presencia todo lo penetra, es la que lleva a cabo aquel místico sacrificio. Porque aunque sea hombre el que allí asiste, pero Dios es quien obra por su medio. No atiendas, pues, a la naturaleza del hombre visible, sino a la gracia del invisible. No es humana ninguna de las cosas que se obran en este sagrado recinto. Si no asistiera con su presencia el Espíritu Santo, no permanecería la Iglesia; si, pues, la Iglesia permanece, es evidente que asiste el Espíritu Santo.

VI

Pues, y ¿por qué, dirá alguno, ahora no se hacen milagros? Atendedme en este punto con diligencia, porque es cosa que a muchos se la oigo decir, y preguntar a menudo y a la continua. ¿Por qué entonces tenían don de lenguas todos los que se bautizaban, y ahora no? Entendamos primero que es el don de lenguas, y entonces daremos la razón. ¿Qué es, pues, el don de lenguas? El que era bautizado hablaba en seguida la lengua de los judíos, la de los egipcios, la de los persas, la de los escitas, la de los tracios, de modo que un solo hombre hablaba muchas lenguas; y si estos de ahora [34] hubieran sido bautizados entonces, los hubierais oído al punto hablando lenguas diversas. Porque también San Pablo se encontró con algunos que habían recibido el bautismo de Juan, y les dijo: *¿Recibisteis el Espíritu Santo, después de haber creído* (Hech. 19, 2)? Le respondieron: *Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo*; y al momento los mandó bautizar. *Y habiéndoles Pablo impuesto las manos, vino sobre ellos, el Espíritu Santo, y hablaban todos* (varias) *lenguas* (Ib., v., 6). Pues ¿por qué ahora se ha coartado, y aun quitado por completo a los hombres esta gracia? No porque Dios nos quiera deshonrar, sino al contrario, honrar muchísimo. ¿Cómo así? –Y yo os lo diré. Eran entonces los hombres más necios, como recientemente sacados de la idolatría, y todavía era su menta crasa y estúpida, llamábales la atención y sacábalos de sí todo lo corporal, y ni siquiera pensaban en los bienes incorpóreos, ni sabían qué era gracia espiritual, que sólo se percibe con la fe; y he aquí por qué se obraban milagros. Porque los dones espirituales unos son invisibles, y sólo la fe los comprende; otros se manifiestan por alguna señal sensible para confirmación de los incrédulos. Vaya un ejemplo: el perdón de los pecados es cosa espiritual, es don invisible; pues no vemos con los ojos de la carne cómo se limpian nuestros pecados. ¿Por qué así? Porque es el alma la que se purifica, y el alma no se ve con los ojos del cuerpo. Es, pues, el perdón de los pecados un don espiritual que no puede ser accesible a los ojos corporales; pero, en cambio, el hablar varias lenguas, cierto, procede también de la eficacia y virtud del Espíritu Santo, mas se manifiesta por una señal sensible y asequible fácilmente aun a los infieles; porque la lengua que se oye en el exterior es una muestra y argumento de la operación interior e invisible que se obra en el fondo del alma. Por esta razón dice también San Pablo: *Los dones visibles del Espíritu (Santo) se*

dan a cada uno para utilidad (1 Cor. 12, 7). Ahora bien: yo no necesito ya de milagros. ¿Cómo así? Porque aun sin don de milagros, sé creer al Señor. El infiel, sí, necesita de alguna prenda; mas yo, fiel creyente, de ninguna prenda ni testimonio necesito; antes, aun cuando no hable varias lenguas, sé que fui purificado de los pecados. Mas ellos entonces no creían si no recibían la señal [35] de algún milagro; y por esta razón se les daban estas señales como testimonio y prenda de la fe que recibían. Lego no como a fieles, sino como a infieles se les daban estas señales, para que de este modo se hicieran fieles. Así lo afirma también San Pablo: *Los milagros no son para los fieles, sino para los infieles* (1 Cor. 14, 22). ¿Veis cómo el haber Dios quitado la manifestación de los milagro, no es deshonrarnos, sino más bien honrarnos? pues no lo hizo sino para mostrar nuestra fe, y cómo sin prendas ni señales algunas le damos crédito; porque los antiguos, si no hubieran recibido primero la señal y prenda, no le hubieran dado fe en las cosas invisibles; mas yo, aún sin nada de esto, le creo con la fe más absoluta: he aquí, pues, la causa de no hacerse ahora milagros.

Bien quisiera también hablar sobre la ocasión de la fiesta de hoy, y enseñaros que es Pentecostés, y por qué se dio en esta festividad el don (del Espíritu Santo), y por qué precisamente en lenguas de fuego, y por qué después de diez días; pero veo que se va alargando mi instrucción, y por eso, después de añadir algo, voy a terminar.

VII

Cuando se cumplía el día de Pentecostés, viéronse sobre ellos distribuidas lenguas como de fuego (Hech. 2, 1-3); no *de fuego*, sino *como de fuego*, porque no creas que el Espíritu Santo es algo sensible. Porque así como a las corrientes del Jordán no bajó una paloma, sino figura de paloma (Lc. 3, 22), así también aquí no apareció *fuego*, sino *figura de fuego*; y lo mismo dice más arriba la Escritura estas palabras: *A la manera de la llegada de un viento impetuoso* (Hech. 2, 2): no dice sólo *un viento impetuoso*, sino *a la manera de la llegada de un viento impetuoso*. Y ¿por que causa no recibió Ezequiel el don de profecía en semejanza de fuego, sino de un libro, y en cambio los Apóstoles reciben los dones del Espíritu Santo en semejanza de fuego? Puesto que de aquel dice la Escritura, que se aplicó a su boca el capítulo de un libro, y que en él estaba escrita la acusación y el vaticino y el *ay* (de la amenaza), y que estaba escrito por delante y por

detrás, y lo comió el profeta, y se convirtió en su boca como en dulce miel (Ez. 2, 9 y 3, 3); pero de los Apóstoles nada semejante nos dice, sino que *se vieron sobre ellos distribuidas lenguas como de fuego.* Pues, ¿por qué aparecieron allí un libro y letras, y aquí lenguas y fuego? Porque el Profeta había de salir a reprender los pecados, y a lamentar las calamidades de los judíos; mas los Apóstoles habían de salir a consumir los pecados de todo el mundo, éste es el motivo por qué aquel recibió un libro que le recordara las futuras calamidades, y estos recibieron fuego para abrasar y hacer desaparecer por completo todos los pecados de la tierra. Porque así como cuando prende el fuego en las espinas al punto las consume todas, así la gracia del Espíritu Santo consumía los pecados de los hombres. Pero los insensatos judíos, en presencia de tales maravillas, en vez de pasmarse y temblar y adorar al dados de tales dones, dan nueva muestra de su peculiar necedad, acusando de embriaguez a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. *Estos,* decían, *están llenos de mosto* (Hech. 2, 13). Considera la maldad de los hombres por una parte, y contempla por otra la bondad de los ángeles: cuando vieron los ángeles subir al cielo las primicias de nuestra naturaleza, regocijábanse y decían: *Alzad, príncipes, vuestras puertas, y elevaos vosotras, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria* (Sal. 23, 7); pero los hombres, al ver que ha bajado a nosotros la gracia del Espíritu Santo dicen que están embriagados los que la han recibido: y ¡ni siquiera valió para reprimirlos la estación del año! porque mosto en primavera en ninguna parte se ve; y entonces era, precisamente, la primavera. Pero, en fin, dejémoslo a ellos, y consideremos nosotros la retribución que nos da nuestro benigno Dios. Recibió Jesucristo las primicias de nuestra naturaleza, y nos dio en pago la gracia del Espíritu Santo; y así como en una larga guerra, deshechas las hostilidades y entablada la paz, se dan mutuamente las partes contrarias prendas y rehenes, así sucedió también con Dios y con la naturaleza humana; esta le envió en prenda y rehenes las primicias que llevó Cristo al cielo, y El nos dio a su vez en prenda y rehenes al Espíritu Santo. Y que tengamos realmente prenda y rehenes, es un hecho manifiesto; porque las prendas y rehenes conviene que sean de origen regio; y por esta razón nos fue enviado el Espíritu Santo, que es de naturaleza la más regia que puede haber, así como también el que de entre nosotros subió al cielo era asimismo de linaje real, de la familia de David. Por esta causa ya no tengo ningún temor, porque nuestras primicias están en el cielo; por esta causa, por más

que se me hable, sea del gusano que nunca muere, sea del fuego inextiguible, sea de otros castigos y tormentos, ya nada temo; mejor dicho, temo, sí, mas no desespero de mi salvación. Porque de no haber decretado Dios inmensos bienes en favor de nuestra naturaleza, no hubiera arrebatado al cielo nuestras primicias. Antes de ahora, cuando mirábamos al cielo y pensábamos en aquellas potestades incorpóreas, comparándonos con ellas, veíamos claramente nuestra vileza; pero ahora, si queremos ver nuestra nobleza, miramos arriba, al cielo, al mismísimo trono real, pues en él están nuestras primicias...

VIII

Así (con esa misma majestad) [36] vendrá del cielo el Hijo de Dios para juzgarnos. Preparémonos, pues, para no caer de tan grande gloria; porque vendrá, vendrá y no tardará nuestro común Señor; vendrá trayendo consigo celestes escuadrones, ejércitos de ángeles, grupos de arcángeles, congregaciones de mártires, coros de justos, pueblos de profetas y apóstoles, y en medio de aquellos ejércitos espirituales aparecerá nuestro Rey con indecible e inexplicable majestad.

¡Ea, pues, hagamos todo lo posible para no caer de tan grande gloria! ¿Queréis que os diga también algo que os infunda temor? lo diré, no para entristeceros, sino para corregiros. Entonces se arrastrará delante de aquel tribunal un río de fuego (Dan. 7, 10); entonces se abrirán los libros, y se entablará aquel juicio tremendo y formidable. Por esto leeránse como en un tribunal las memorias de nuestra vida. Mucho es lo que de estos libros nos dicen los profetas. Moisés dice: *Si les perdonas este pecado, perdónaselo; pero si no, bórrame también a mi del libro que escribiste* (Ex. 22, 32). Cristo a su vez decía a los discípulos: *No os queráis regocijar, no, de que los demonios se os sujetan, regocijaos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos* (Lc. 10, 20); y el profeta David: *Todos serán escritos en tu libro; formaránse los días, y nadie en ellos* (Sal. 138, 16); y en otra parte: *Sean borrados del libro de los vivos, y no sean escritos con los justos* (Sal. 68, 29). ¿Ves cómo a unos se los borra, a otros se los inscribe? ¿Quieres ver cómo en aquellos libros no sólo se inscriben los justos, sino que también están escritos nuestros pecados? Hoy es día de fiesta; aprendamos las cosas que no pueden librar del suplicio: terribles son estas palabras, pero útiles y provechosas, y nos libran de experimentar por la obra los suplicios; aprendamos, pues, cómo se

escriben los pecados, y que todo lo que aquí estamos hablando, al mismo tiempo está llegando allá arriba y anotándose. Y, ¿por dónde nos consta? pues no se deben tales proposiciones afirmar gratuitamente. Dice el profeta Malaquías a los judíos: *¡Ay de los que irritáis al Señor! Y ¿cómo,* dicen, *le irritamos? Porque decís: Todo el que obra mal es bueno delante del Señor* (Mal. 2, 17). ¡Palabras de siervos ingratos! *Y en ellos se complació* [37], es decir, en los perdidos, en los que no le sirvieron. *He aquí que guardamos sus mandamientos y con todo nos vemos precisados a llamar felices a los extraños* (ib., 3 14, 15); nosotros dicen, le servimos cada día, y otros gozan de sus bienes. Así suelen muchas veces hablar los siervos contra sus señores; mas al fin, que un hombre hable así de otro hombre, no es tanto mal, aunque siempre es mal; pero hablar de este modo contra el común Señor de toda la tierra, contra aquel Señor misericordioso y benigno por excelencia, no hay condenación ni suplicio, por extremo que sea, que baste a castigarlo. Pero para que entiendas cómo todas estas palabras se escriben, oye lo que dice el profeta: *He aquí que todas estas cosas quedan escritas en el libro de los vivos para recuerdo en la presencia de Dios* (Ib., v. 16). Y claro está, que si se escriben, no es porque Dios tenga necesidad de acordarse del día y sacar el libro como argumento de acusación...

Quizá he conmovido vuestros ánimos con el temor; pero no es sólo vuestro corazón el que teme, más que el vuestro tiembla el mio. Ea, pues, voy a poner límite al discurso, o, si queréis, a deshacer el temor; aunque el temor no lo desharé, sino más bien lo calmaré; porque justo es que permanezca purificando vuestras almas; sólo haré que no sea intolerable. Y ¿de qué manera lo podremos mitigar? Si demostráremos que no solamente se escriben los pecados, sino que también se pueden borrar. Y es así, que en un tribunal cuando mande que se escriba en los registros el litigante, allí queda escrito para siempre, y ya no se puede borrar; pero en aquel otro libro, por más que hubieres dicho maldades, con sólo quererlo las puedes borrar de nuevo. ¿De dónde consta? De la Escritura: *Aparta,* dice, *tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades* (Sal. 50, 11). Ahora bien, nadie borra lo que no estaba escrito; luego porque estaban escritas, suplica que se borren. Otro escritor sagrado nos enseña también la manera cómo se borran, cuando dice: *Con limosnas y fe se limpian los pecados* (Prov., 15, 27); no solamente se borran, sino también se limpian, de manera que ni rastro quede de haberlos borrado. Y no sola-

mente se borran los pecados cometidos después del bautismo, sino que aún los que se escribieron antes de él, todos se borran con el agua del bautismo y la cruz de Cristo, conforme a lo que San Pablo dice: *Habiendo borrado la escritura de condenación que nos era contraria, quitóla de en medio, y la enclavó en la cruz* (Col. 2, 14). ¿Ves cómo se borró aquella escritura? y no sólo se borró, sino que se rompió rasgándola los clavos, de modo que quedó inutilizada. Todas aquellas culpas quedaron borradas por la gracia, benignidad y virtud de Cristo crucificado; pero las que se cometen después del bautismo, requieren mucho esfuerzo para ser borradas de nuevo; porque no hay ya segundo bautismo, sino que hacen falta muchas lágrimas, penitencia, confesión, limosna, oración y todo género de piedad; así es que los pecados después del bautismo se borran con mucho trabajo y fatiga. ¡Ea, pues, pongamos todo empeño en borrarlos desde ahora, y librarnos de la ignominia del suplicio de entonces! Que aun cuando hubiéremos cometido innumerables pecados, si lo queremos, podemos echar de encima toda la carga de ellos. ¡A quererlo, pues! porque mucho mejor es trabajar aquí un poco y librarnos del suplicio inexorable, que emperezar por este breve tiempo y caer en aquellos tormentos inmortales.

IX

Pero ya es tiempo de repetir lo que os hemos dicho. Hemos reprendido a los que sólo se presentan una vez al año, porque dejan desnuda a su madre la Iglesia; les hemos traido a la memoria la historia antigua y la maldición y bendición; hemos hablado de las fiestas judaicas, y por qué razón mandó Dios a los judíos presentarse ante él tres veces al año; hemos dicho que en todo tiempo es fiesta, sea Pentecostés, sea Pascua, sea Epifanía; hemos dicho también que la fiesta la hace la conciencia pura y no la revolución de los días y los tiempos; de aquí hemos pasado a los dones del Espíritu Santo bajados del cielo; hemos dicho cómo es esta una señal de reconciliación; hemos demostrado cómo está presente el Espíritu Santo, por el perdón de los pecados, por la respuesta que damos a nuestro Pastor, por el don de hablar con sabiduría y ciencia, por las ordenaciones, por el sacrificio místico; hemos dicho cómo tenemos mutuamente prendas y rehenes de seguridad; hemos añadido la causa por qué han desaparecido de entre nosotros los milagros; después hemos hecho mención de aquel tribunal terrible y de los libros que entonces se han de abrir, y